

temerosa importancia; de Oaxaca á la frontera del Norte todas las sierras se pusieron en pie, todas obedecieron á un plan concertado de antemano; muchos de los hombres más conspicuos de la guerra de Intervención saltaron á la palestra, y, no sin vacilaciones y escisiones, el Estado natal de Juárez vió formarse en su seno el núcleo principal de la protesta armada. Como Oaxaca, el general Díaz vaciló mucho en poner en la balanza su autoridad moral sobre sus conciudadanos, sólo inferior á la de Juárez, y el inmaculado prestigio de su vida de soldado y de patriota, al servicio de la revuelta: creyó, sin duda, que el país necesitaba renovaciones profundas que sólo podía obtener por la fuerza; sus desilusiones, sus amargos resentimientos con el receloso gabinete de Juárez, que había cerrado fría é indefinidamente la puerta al ascendiente á que tenía derecho quien había prestado los servicios que él, la sugestión perenne de las ambiciones y rencores inextinguibles que lo rodeaban premiosos, arrastrándolo á compromisos irreparables, todo ello, probablemente, constituyó el elemento primordial de su decisión, que una vez tomada, fué irrevocable. Desde entonces, en su conciencia de republicano y de hombre de gobierno se incrustó con dolorosa y persistente tenacidad esta idea, que podía parecer un delirio entonces, que ahora vemos bien que no lo era: «Sólo puedo compensar el deservicio inmenso que hago á mi país al arrojarlo á una guerra civil, poniéndolo alguna vez en condiciones que hagan definitivamente imposible la guerra civil.»

Esta fué empeñadísima; una red roja podía marcar, sobre la carta de la República, los itinerarios de la revuelta en torno de los grandes centros militares, hábilmente escogidos por el Gobierno; en todas partes la resistencia fué desorganizada, yugulada, vencida. Cuando mediaba 1872, no quedaban más que jirones de la tormenta enredados en los picos de las más lejanas serranías: la revolución, herida de muerte y fugitiva, buscaba refugios, ya no reparos para apoyar nuevos ataques.

La autoridad y la fuerza moral del Gobierno habían cobrado energías nuevas en la brega: obligar al país político, educado en la revuelta perpetua, á la paz á todo trance, ahogar en sangre el bandolerismo y la inseguridad, empujar la gran mejora material de que dependían las otras, entrar en relaciones diplomáticas con las naciones europeas para dar pábulo y seguridad al comercio internacional, poner en estudio todas las grandes soluciones prácticas posibles de nuestro estado económico: la colonización, la irrigación sistemática del país agrícola, la libertad interior de comercio, y conjugar con esto el avance constante en la reorganización de nuestro régimen hacendario; aumentar los elementos de educación para transmutar al indígena y al mestizo inferior en valores sociales, tal era el programa de la paz con tan cruenta labor reconquistada. Pero no por eso descuidaba Juárez la mejora política: sus dos miras finales, ansiosas, persistentes, convertidas en hierro por su voluntad, eran la creación de un Senado para equilibrar la acción legislativa, sin contrapeso alguno en nuestra ley fundamental, y la constitucionalización de los principios de Reforma, para hacer de ésta la regla normal de nuestra vida política y social...

En los primeros capítulos de este grandioso programa, la sorpresa traidora de la muerte trunció la nueva labor... Fué una gran desgracia... Había elementos eternos en su obra, que él ansiaba transformar de pasiva en activa; logró mucho, habría logrado más; cuando Juárez murió, un soplo de clemencia y de concordia oreaba ya todos los campos de batalla, los antiguos, los recientes... Eran las ráfagas precursoras de la primavera, del renacimiento; con él comenzó la Era nueva, la Era actual; la República, bajo sus auspicios, tuvo conciencia plena de la necesidad de transformar la revolución en evolución, y el esfuerzo era perceptible. Hidalgo y Juárez son las más altas, las más grandes columnas miliarias de nuestra historia; sus tumbas son altares de la patria...

La muerte de Juárez, que en el conjunto de nuestra historia puede considerarse como una calamidad nacional, en los momentos en que se produjo pareció un bien, porque desarmó *incontinenti* á la guerra civil.

En medio de una paz por todos hondamente anhelada, subió á la presidencia interina el presidente de la Suprema Corte Federal, y poco después este mismo ciudadano fué electo Presidente constitucional de la República sin competidor ni obstáculo. La renovación tranquila y normal del Gobierno, el desenlace definitivo del drama militar y la confianza absoluta de todos en el talento superior del señor Lerdo de Tejada, fueron los factores principales de una situación bonancible por extremo, la primera que aparecía sin nubes

desde los tiempos en que inauguraba su período constitucional el Presidente Victoria. Cerca de medio siglo hacía que no veía el país una situación semejante.

La elección había sido unánime; el pueblo elector, no el analfabético, á quien los agentes de la autoridad arrastran á la elección primaria ó le suplantán en ella, sino el grupo de los electores secundarios, que cualquiera que sea su origen, es muy considerable, sabe leer, tiene personalidad, suele estar en contacto con las pasiones ó necesidades locales y á veces con la política general; ese pueblo, en donde residen más ó menos latentes los elementos genésicos de la democracia nacional, había estado en acuerdo perfecto con la opinión. De aquí, no sólo una esperanza, es decir, una especie de deseo inactivo, sino una aspiración, que es el deseo unido al esfuerzo, una aspiración inmensa, no sólo á la paz, sino al afianzamiento de esa paz por medio de cambios profundos en las condiciones económicas del país; ambas cosas en la conciencia nacional no constituían un círculo vicioso, sino una interdependencia de componentes necesarios que obraban alternativamente como causas y efectos.

El nuevo Presidente se dió cuenta clara de su misión, y cuando inauguró su gobierno con la obra que había sido uno de los grandes empeños de Juárez, la línea férrea entre México y Veracruz, todo el mundo creyó que la transformación económica había pasado del largo y laborioso proemio á su capítulo primero. Pocos meses después, estaban bien delineados los grandes propósitos del programa presidencial, á cual más patriótico: incorporar la Reforma á la Constitución y crear en ésta mayores elementos de conservación y estabilidad; integrar el territorio nacional, disgregado de hecho por la existencia de cacicazgos que vivían substraídos á la ley; confiar la inmensa tarea de las vías de comunicación en el interior de la República, sin la cual las consecuencias de apertura de la línea de Veracruz no podrían ser generales, al capital europeo y nacional combinados. Todo ello era grave. La opinión liberal y reformista se puso entera y armada con sus razonamientos, sus exaltaciones y sus anhelos, como en los días de lucha épica, del lado del Presidente. La prensa clerical, guiada por algunos de sus más avezados veteranos, daba tono á la batalla con el acento irreverente y cruelmente sarcástico de su resistencia apasionada. Parecía la víspera de una nueva guerra de religión.

Los resultados fueron previstos con inteligencia certera por el Presidente y llevados á su fin con tranquila firmeza para dar su carácter definitivo á la conquista legal, para marcar bien su significación: convertidos en fórmulas claras y precisas lo que se llamaba «los dogmas liberales»; la separación de la Iglesia y el Estado; la supresión de las comunidades religiosas como asociaciones absolutamente ilegales; la prohibición de adquirir bienes raíces á todas las corporaciones, y las consecuencias de todo esto en el estado civil de las personas, en las manifestaciones externas del culto, formaron el cuerpo de derecho de la nueva sociedad nacional mexicana. La discusión de esas leyes, su promulgación, produjeron una sacudida temerosa en las conciencias.

Ese estremecimiento no fué una *convulsión*, fué una *emoción* social; la Iglesia, desacertadamente, porque nadie como ella ha aprovechado moral y materialmente quizás la situación creada por la Reforma, pero inspirada por el estrecho criterio intransigente de Pío IX, hogaño como antes, fulminó sus rayos, aunque con la cortesía y ductilidad propias del que era entonces el primado mexicano, y todo el elemento femenino de la sociedad, que había aplaudido en el advenimiento del señor Lerdo el reinado de *la gente decente*, volvió la espalda al Presidente y comenzó con implacable tenacidad esa guerra sorda de los salones y las cocinas, que ataca y enmohece los más íntimos resortes gubernamentales. Lo que se ha llamado, no sabemos por qué, la expulsión de las *hermanas de la Caridad* y la expulsión de algunos individuos de la Compañía de Jesús, puso el sello á este profundo malestar doméstico, colocando del lado de los perseguidos la conmiseración y la ternura.

Una intentona de guerra civil, bajo pretexto religioso, organizada en Michoacán con elementos rurales de ínfima especie, ensangrentó al Estado y parecía que iba á ser incoercible, convirtiendo aquella comarca, cuna de eminentes reformistas, en una *Vende* mexicana. No fué así, y aislado prontamente el foco de la revuelta, pudo la conflagración ser extinguida.

El peligro de aquella situación era psicológico, estaba en el señor Lerdo mismo; estaba en un defecto intelectual que suele ser propio de los talentos extraordinarios, como el suyo indudablemente lo era: no creía necesitar de nadie para la acción; todos los hombres le eran iguales, todos eran para él instrumentos fácilmente manejables con el señuelo del interés; no preveía el caso de que el interés precisamente los volviera resistentes á su impulso; no creía necesitar de consejo, no deliberaba, se informaba negligentemente y decidía sin elementos suficientes muchas veces. El orgullo, factor de los grandes aislamientos, no estaba blindado en el Presidente por una de esas voluntades enérgicas que se sobreponen á todo y se imponen á todos, y este defecto de carácter se complicaba con cierta tendencia á retardar indefinidamente el estudio de las cuestiones más importantes, á desempeñar su encargo en una especie de perpetua conversación en que ofuscaba á sus interlocutores con su penetración y su ingenio y los desconcertaba con su pereza fatalista para resolver y su incurable escepticismo. De temperamento profundamente conservador y autoritario, irónicamente ajeno á toda creencia, aunque tenía la religión de la grandeza de la patria, que consideraba en buena parte como obra suya, el Presidente Lerdo era un gran señor, capaz de hacer cosas admirables arrimado á un gobernante de carácter soberano, incapaz de transigir con ningún temor cuando se trataba del decoro de su país y capaz de transigir con la libertad por desprecio á los hombres.

En dos años rápidos, 74 y 75, se le vió pasar del prestigio al desprestigio, de la popularidad sin sombras perceptibles á una impopularidad que pudo al fin llamarse absoluta. Soberbiamente aislado, con mucho más amor propio que ambición de poder, no había tenido inconveniente en perder á sus antiguos amigos, en cuyas dotes administrativas no tenía confianza alguna y que le parecían alardear de un derecho á compartir con él un poder que en puridad no les debía, y sostuvo en el gabinete á los amigos de Juárez, por no verse obligado á colocar á los suyos, y los amigos de Juárez no llegaron á tener con él, sin embargo, más vínculo que el del interés en su forma más deleznable.

Siguiendo el programa del gran Presidente, que no descuidó medio legal de fortificar en los Estados la acción del poder central, prohió con laudable empeño y obtuvo la reforma constitucional que daba en la representación nacional un papel de suprema importancia á la representación de las entidades federadas: la erección de un *Senado*, en que, más que un contrapeso á las tendencias absorbentes de la Cámara popular, vieron los gubernamentales un medio de armar al poder para impedir que los conflictos interiores de los Estados pudieran convertirse en conflagraciones generales. Ya antes, la cruzada contra los cacicazgos de las sierras, que tenía que ser muy lenta en sus efectos, pero que era indispensable, y no sólo á la cohesión nacional sino al lustre de nuestra dignidad, había comenzado con éxito brillantísimo en Jalisco y Tepic con la exterminación del jefe Lozada, un feroz patriarca de tribus montañosas organizadas en forma de gobierno primitivo.

Todo parecía salir al señor Lerdo á medida de sus deseos, si el prurito de sostener gobernadores impopulares en los Estados ó de imponerlos haciendo alarde de la fuerza federal, no hubiese producido pronto una situación especialísima en que llegó á encontrar forma la protesta vaga de un indefinible, pero profundo malestar público, y la antipatía violenta que inspiraba, en grupos cada vez más numerosos de la sociedad, no el hombre sino el gobernante. De este sentimiento, que tenía en la prensa de oposición ecos popularísimos, llegó á ser como la encarnación genuina un semanario de caricaturas que se propuso ridiculizar implacablemente á los individuos del Gobierno, y lo logró, aliando el incomparable talento humorístico del general Riva Palacio con el lápiz diabólicamente travieso de Villasana.

Aquella hostilidad inmensa, pero difusa, no se cristalizó en cuerpos de resistencia invencible hasta que la Suprema Corte de Justicia habló. Recientemente se había hecho cargo de la dirección de aquel cuerpo, á un tiempo judicial y político, según la Constitución, el más conspicuo de los ministros de Juárez, después del señor Lerdo. Repúblico de temperamento estoico, preconizador y observador escrupuloso de la religión del deber, poseedor de una vasta inteligencia nutrida por pasmosa erudición filosófica y literaria, el licenciado Iglesias subió á la presidencia de la Corte, que era al mismo tiempo la vicepresidencia de la República, resuelto á facilitar la cada vez menos feliz labor administrativa del Presidente Lerdo, de quien era amigo excelente, hasta donde sus funciones se lo permitieran, hasta donde no lo atajara el infranqueable muro de granito de su conciencia.

TOMO SEGUNDO

Historia política

CONCLUSIÓN.— LA ERA ACTUAL

México.— Biblioteca Nacional